

PASIÓN CREADORA

Héctor Ocampo Marín*

Atrévete, emprende, no cejes en el trabajo y en la contienda. No dejes escapar un solo día sin realizar algo sumable al inventario del espíritu. La lectura de un libro lamoso, una investigación literaria o científica, un refuerzo a tus estudios en marcha, un soneto que memorices, un pensamiento que asimiles. Las obras eternas y los hombres excelentes, no se explican de otra manera.

Todos, sabios, artistas, hombres de acción, dice Juan Bovio en su libro *“El Genio”* están sujetos a igual ley de causalidad, según la cual dado un ingenio, un tono, un impulso, el éxito está ya predeterminado y no puede ser de otra forma. En esta invariable fatalidad radica toda la libertad del hombre de genio; el mediocre trata de sustraerse a ella, y divagando, cae en la estupidez; el genio va derecho al tondo, y cuando más fatalmente se acerca al éxito, tanto más se siente desatado de todas aquellas precauciones que forman la bancarrota de las mediocres inteligencias.

En su ensayo sobre el *Heroísmo*, Waldo Emerson, el americano universal, nos dice con unciones de himnario:

“Oh! amigo mío, no amaines nunca la vela a un temor! Entra en el puerto con las velas desplegadas o navega por los mares con Dios...”

“La característica de un genuino heroísmo es la persistencia. Todos Los hombres tienen impulsos errantes, ataques y arrebatos de generosidad. Pero, cuando hayas resuelto ser grande, mantente dentro de tí mismo y no intentes débilmente reconciliarte con el mundo. Lo heroico no puede ser lo corriente, ni lo corriente lo heroico...”

“Si quieres servir a tu hermano, porque es propio de tí servirle, no retires las palabras cuando te des cuenta de que la gente no te las alabará... Sé fiel a tu propia conducta y felicítate si has hecho algo extraordinario y extra vagante y roto la monotonía de una época decorosa. Un elevado consejo que una vez oí dar a un joven rezaba así: “Haz siempre toque te da miedo hacer”¹.

Es ineludible estar alerta. El oído atento a las llamadas interiores, a la campanada abscóndita; avizorantes, corazón y espíritu, al destello inspirador, al único y luminoso rastro, a la rútila luz que se insinúa en los confines de la inmensidad.

Urge poner en ejercicio todas las energías, el poderlo total de la capacidad creadora; ninguna fuerza acuartelada, todo refuerzo de entusiasmo en marcha, en pos del ideal magnificante, de la esperanza incontaminada y transida de realidad tangible; el alma vibrante en la perennidad del presente y del porvenir. Y un minuto faustico de iluminación profunda, para muchos años de elaboración heroica.

Se explica así la plenitud, la maravillosa plenitud del intelecto, la apoteósica culminación del genio, el logro excelente de la existencia humana. Entonces, el heredero de oscuros artesanos de Königsberg, se convierte en el más grande pensador de Europa; el leñador de Kentucky, en el gobernante del país colosal y libertador de los esclavos; el hijo de la

* Cap. IV de su libro *Pasión Creadora*, Ed. Quin-Gráficas, Armenia, 1972, pp.33-38. Reconocimiento al autor por su gentileza.

¹ “Ensayos”, W. Emerson, Ed. Aguilar.

humilde lavandera de Hatoviejo, en el más alto humanista de América; el hiperbóreo rapazuelo harapiento, en magnate del mundo de las finanzas, y Epicteto, el esclavo en Roma, inmortal en la sabiduría de sus máximas.

Es el hombre que vislumbra su propia significación y aprehende el hilo sutil de su destino inconmensurable: que logra la concientización sumaria de sus capacidades y descubre el inagotable hontanar de sus energías inmanentes, que, acosa luego, en fluida marcha victoriosa.

Existen, además, en el ser humano innúmeras fuerzas dormidas y sutilmente ocultas que nunca son excitadas, ni desatadas sus ligaduras, ni liberadas para ser fecundas y fructíferas, lo que constituye una sorda y trágica calamidad de la especie.

Bécquer, el intuitivo y hondo poeta sevillano, escribió esta rima luminosa:

Del salón en el ángulo oscuro, de su dueño tal vez olvidada, silenciosa y cubierta de polvo veíase el arpa.

Cuanta nota dormía en sus cuerdas, como el pájaro duerme en las ramas esperando la mano de la nieve que sabe arrancarlas.

¡A y! pensé, cuántas veces el genio así duerme en el fondo del alma, y una voz, como Lázaro, espera que le diga: ¡Levántate y anda!

Cuántos seres humanos concluyen su ciclo vital sin haber desarrollado con plenitud la mitad siquiera de su talento y de sus aptitudes; sin generar sus poderosas fuerzas volitivas y espirituales, que han permanecido a lo largo del tiempo, adormidas y quietas en las profundidades de la persona.

Cuántos millones de seres humanos, indubitadamente inteligentes y capaces, que al fin se rinden a la muerte, sin haber despertado, sin haber vivido jamás.

Cuántos conatos de ingenio y de genio, de nobles y bellas ideas que no alcanzan el alumbramiento, sobrenadando sin afanes en el rintero de los buenos propósitos.

Cuántos pensamientos luminosos que no alcanzan a orbitarse, ni a tomar formas concretas y puras.

Cuántas grandes acciones, que apenas dejaron oír un pasajero rumor de cabalgata, para perderse y apagarse en la obscura noche de las indecisiones.

Y cuántas habilidades del cuerpo y de la inteligencia, que solo se insinúan o se muestran como fuegos fatuos; que sucumben por la ausencia de luz verde de idealismo, o por simple desidia del sujeto sin lúcida conciencia de la brevedad inexorable de la vida.

En las aldeas y ciudades, hombres y mujeres, juventudes que cumplen itinerarios meramente vegetativos; destinos subyacentes, dramas de frustración humana realmente conmovedores.

Personas que diluyen la poca capacidad que ponen en uso, en menesteres, solo delimitados por la vida sexual y alimentaria.

Gentes con los cinco sentidos plenos, que no se proponen metas de ascenso y permiten, torpemente, que sus vidas se consuman en los planos de la elementalidad cotidiana.

Hombres que pueden llegar muy lejos, pero no quieren llegar, en las finanzas por ejemplo, en el arte, en la investigación científica; que se contentan con el placer tedioso de nunca ver amanecer y de escuchar en las vías públicas los mismos tópicos y frases estereotipadas de los amigos, y, cumplir, luego, mediocrementemente alguna función pública o privada, sin sentir la urgencia de un mejor status y de una ruta para alcanzar definidos y elevados objetivos; que no los apremia el ansia de superación, para buscar con tenacidad el conocimiento y la riqueza de vida interior y poder mirar más lejos, holgadamente, los extendidos horizontes.